

La mestiza de Yucatán

Ermilo Abreu Gómez



La mestiza de Yucatán, en virtud de una selección, cuyas causas sería preciso encontrar en los diversos órdenes formales de las razas, constituye el tipo más raro, más preciso y hasta más sincero de cuantos existen en el extenso campo étnico mexicano. Para ver este hecho no es necesario hojear las crónicas de Cogolludo, las historias de Carrillo, de Molina y de Ancona; tampoco es necesario haber recorrido el país con fruición humboldtiana; basta leer amorosamente los relatos sencillos de Eusebio Falcón, y de Iribién Rosado; basta mirar, en las verbenas, en las fechas y en las jaranas la jovialidad que muestran las nietas de Oyomal, y comparar esto con la seriedad, con el desasosiego que se palpa en los valles y en las montañas pobladas por los mexicas y los otomíes.

Sin embargo, bueno es recordar que el aislamiento de la raza maya

respecto a otras razas indígenas, ha sido quizás uno de los motivos más eficaces para crear la mezcla que había de venir con la conquista española. Esa pureza de la clase mestiza luce de singular manera en su elemento femenino. Las hijas de Gonzalo Guerrero consérvanse así, orgullosas y nobles. Como si el prestigio de Chetumal hirviera aún de coraje, aferrándose ahora como en un desquite.

Sobre las características de su rango, la mestiza pone las flores de su vanidad y de su coquetería, ama la independencia con el fanatismo de todo ser americano. El círculo reducido del hogar, la familia del patriarcado parece seducirla también y entonces, el reverso de la medalla se muestra: es hija, es esposa y es madre con tanta firmeza, con tal pasividad que parece dirigida en el cumplimiento de sus deberes por una fuerza misteriosa que se complaciera en conducirla llanamente por los caminos más seguros. Por capricho o por religión, el concubinato, tan vulgar en otras razas humildes, aquí apenas



es una llaga que supura con miedo. En cuanto las relaciones amorosas se formalizan, "el tata cura" o "el señor juez" aparecen con una fuerza insustituible. Es necesario casarse para vivir públicamente con un hombre. La razón climatológica, explotada para justificar o explicar un cierto erotismo sentido en las vidas capitalinas, adquiere un valor formidable cuando se aplica a la mestiza. Y con sus maneras finas, sus modestias, sus discreciones y sus distintivos, inviolables de limpieza, cualidades que las hacen apetecibles para cierta juventud y cierta vejez que se desvive por los placeres que tienen el complicamiento del robo y de la impunidad. Y estas

relaciones extrañas, los doctos sociólogos las explican con una frialdad desconcertante. De Quatrefeges ha dicho: "En los cruzamientos y muy particularmente en los amores pasajeros, a la mujer le repugna descender; mientras una mulata o un criolla se siente rebajada en su dignidad prestando sus favores a un indio o a un negro". Un hombre blanco se inclina con facilidad a aspirar el perfume de un lirio del campo o un tulipán del África. El hombre es menos exigente en asuntos sexuales, porque tiene menos responsabilidad en la procreación; de aquí que las razas mestizas evolucionen progresivamente desvaneciendo el peligro previsto más



de una vez para las razas superiores ante un acrecentamiento del número de aquéllas. Todo esto en vano. Las razas mestizas desaparecen elevándose más que por un impulso propio, por los reproches estrechadores de otras razas, dejando que sus elementos femeninos sean absorbidos por los conquistadores de frutos vírgenes. La mestiza así, es una especie de puente en la realización de los designios de las razas; y es también un escudo donde se desmoronan las coaliciones del dominador y del dominado.

Pero donde la fidelidad de la mestiza no soporta quebrantamientos, donde los años transcurren en silencio, donde la constancia luce con todo su esplendor, es en las épocas de servidumbre doméstica. "Entre lugar", como se dice vulgarmente, vive una vida de trabajo y de abnegación, sólo comparable con la vida de miseria y de valor de las soldaderas aztecas. Su alma entera consagran al servicio de sus amos. Van a donde ellos quieren. Hacen lo que ellos mandan, y se mantienen firmes, estoicas, cuando la suerte así lo exige. A cada paso se oyen relatos de abnegación épica. "Aquella viejecita con su trabajo y su amor fue el sostén de una familia caída en desgracia". Aquella otra fue nana cariñosa de toda una generación que ahora tiene en ella algo así como un refugio sagrado para llorar sus penas y reír sus alegrías. Esta es una de las fases más enternecedoras

de la mestiza y basta por sí sola para redimirla de todos sus pecados, si pecados pueden llamarse los desvaríos que se cometen cuando entre las quemaduras de la sangre la caricia del amor se detiene palpitando.

Paseando de noche por las calles de la ciudad y mirando al fondo de las antiguas casas solariegas españolas, es frecuente encontrar en los corredores, cerca de la luz, alguna mestiza inclinada sobre cestos de costura. Está en su entretenimiento diario: el tejido, el tejido clásico del xocbil-chuy que ha de adornar los albos huipiles, el tejido que dura hasta meses enteros para terminar un terno, y del cual no surgen, como entre los chiapanecos, colores vivos: los rojos carmín, los verdes lechugas están desterrados, como lo están también los sombríos colores usados por los cholultecas. Nada de negros, ni de amarillos, ni de morados pontificales; todos los matices son apacibles, son verdaderas lluvias de armonía y de transición, dulces guirnaldas verdes, de un verde mate, como el de las serpientes que se retuercen en las tenebrosidades del Petén. Son, entre los colores y sus alegrías, cuerpos y figuras que hablan de mitología, de ensueño, de arte y de amor, en una lengua varia y gráfica, que no necesita de los rieles gramaticales para llegar al abismo del corazón. Son cuerpos inmensos, plenos en frutos, de corazones que se multiplican sin



interrupción sobre verdaderas alfombras de pétalos y de hojas, y son animales de garras crueles y de fauces extrañas como las esculpidas en los monumentos de Chichén-Itzá, insectos, mariposas, arañas, conejos, lagartos, pájaros y gatos, símbolos de suerte y de religión y se mezclan cruces, camaleones y letras que retienen entre sus redes los nombres queridos, los nombres que no se olvidan, los nombres que quisieran no borrar nunca de sus almas; los nombres que orgullosas quisieran gritar a todos los vientos; los nombres que han unido al suyo con lazos amorosos, los nombres del novio, que trabaja en el taller para reunir el capital que ha de redimir a la "boxita" de la vida errante del trabajo, convirtiéndola en señora de su casa y de su alma. Pero donde más fácilmente puede verse la gracia amorosa de la mestiza es en los bailes.

Las músicas que se tocan son apenas movedizas; fuera balanceos lúbricos de corte cubano; fuera chilerías grotescas al estilo tapatío; fuera sentimentalismo de marca poblana; fuera exageraciones, en una palabra. El baile que baila, el zapateo purísimo, que con tanto donaire trenza en un baile en el que nadie se toca. Alejada de su pareja cuatro o cinco pasos, mueve los pies con rapidez increíble, enarca los brazos desnudos y terciados sobre el pecho, el rebozo forma verdaderas figuras rítmicas. Mientras baila, se piensa en los bailes de Aragón. En las jotas de saltos alegres y panderetas cantadoras, se siente el exótico efecto que produce el anhelo de la raza ibérica, retorciéndose entre la tosquedad del cuerpo maya, se cree en la trans migración de los espíritus y se sueña en mejores tiempos de plena fusión americana.

